



AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana

ISSN: 1695-9752

informacion@aibr.org

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos
en Red

Organismo Internacional

Escalera Reyes, Javier; Cáceres, Rafael; Díaz Aguilar, Antonio L.

“Las apariencias engañan”. Conservación, sociedad local y relaciones de poder: El caso de Caño
Negro (Costa Rica).

AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 8, núm. 3, septiembre-diciembre, 2013, pp. 269-
394

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red
Madrid, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62329868006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



AIBR
**Revista de Antropología
Iberoamericana**

www.aibr.org

VOLUMEN 8

NÚMERO 3

Septiembre - Diciembre 2013

Pp. 369 - 394

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

**“Las apariencias engañan”.
Conservación, sociedad local y relaciones de poder:
El caso de Caño Negro (Costa Rica).**

Javier Escalera Reyes, Rafael Cáceres, Antonio L. Díaz Aguilar
Universidad Pablo de Olavide

Recepción: 22.01.2013

Aceptación: 01.10.2013

DOI: 10.11156/aibr.080306

RESUMEN:

Aunque hoy está generalmente asumida la necesidad de la implicación de las poblaciones locales en los procesos de conservación y desarrollo sostenible, esta participación está lejos de materializarse, o en caso contrario, presenta sesgos importantes. La investigación etnográfica llevada a cabo en Caño Negro (Costa Rica) aporta evidencias de cómo la mistificación de la idea de comunidad, entendida, ingenua o interesadamente, como una entidad social homogénea e igualitaria, al no tener en cuenta las relaciones de poder siempre presentes en cualquier realidad humana, se convierte en un factor clave a la hora de explicar las deficiencias e incluso el fracaso de modelos de conservación que supuestamente cuentan con la participación de dichas comunidades. Esta mistificación no sólo no favorece la conservación, sino que incluso puede contribuir a la acentuación de determinados procesos de deterioro y degradación de los ecosistemas y, lo que es peor, actuar en contra de la sostenibilidad bien entendida, al coadyuvar en la generación y/o profundización de las desigualdades existentes en el seno de dichas "comunidades". Para evitarlo se hace necesario el conocimiento en profundidad de los sistemas de relaciones de poder de las poblaciones locales, para lo que la Antropología ofrece muchas posibilidades, y la apuesta decidida por la participación real y efectiva de las poblaciones locales.

PALABRAS CLAVE:

Conservación, participación, comunidad, relaciones de poder.

"APPEARANCES MISLEAD". CONSERVATION, LOCAL SOCIETY AND POWER RELATIONS: THE CASE OF CAÑO NEGRO (COSTA RICA)

SUMMARY:

Although today there is a general agreement about the involvement of local people in the processes of conservation and sustainable development, this participation is far from materialize, or presents significant deficiencies. Ethnographic research carried on over three years in Caño Negro (Costa Rica) provides evidence about how the mystification of the idea of community, understood, naive or self-interestedly, as a homogeneous and egalitarian social organization becomes a key factor in explaining the shortcomings and even failure of conservation models that supposedly have the participation of such communities, because they do not take into account power relationships present in any human reality. This mystification is an obstacle for conservation, and may even contribute to the accentuation of certain processes of deterioration and degradation of ecosystems and, even worse, it could work against a well understood sustainability, because it is contributing in the generation and / or deepening existing inequalities within these "communities". To avoid this it is necessary a deep knowledge of the systems of power relations of local populations, for what Anthropology offers good possibilities, and a firm commitment for real and effective participation of the local population.

KEY WORDS:

Conservation, participation, community, power relations.

1. Participación, conservación y desarrollo sostenible: la mistificación de la “comunidad”

A pesar de las posiciones críticas que se vienen manifestando de un tiempo a esta parte sobre la importancia que la participación de la población local tiene para la conservación de los espacios naturales y para el logro de su desarrollo sostenible (Cookey Kothari, 2001), hoy parece generalmente asumida, al menos a nivel de discurso, la necesidad de contar con la gente que habita los territorios para asegurar el mantenimiento de la integridad y diversidad de los ecosistemas de los que forma parte. Aun cuando el modelo Yellowstone de conservación, basado en el principio de las alambradas y las sanciones (*fines and fences approach*), está en claro retroceso y muy pocos lo siguen propugnando como la mejor estrategia para la protección de los espacios naturales (Agrawal y Gibson, 1999), hoy surgen algunas voces que cuestionan la operatividad y la eficacia de la implicación activa y directa de las poblaciones locales en la gestión de los ecosistemas. Ello, aunque en ocasiones responde a una actitud de sincera preocupación por las deficiencias que también de manera bastante generalizada presentan los procesos participativos (Cleaver, 1999; Few, 2000, 2001, 2002; Brown, 2002), en otras se hace para impugnar *in toto* la participación, aprovechando de manera interesada la evidencia del escaso éxito obtenido por muchos de los ejemplos de supuesta gestión participativa desarrollados en diferentes partes del mundo, cuyas deficiencias metodológicas y desviaciones populistas han sido puestas de manifiesto por algunos análisis rigurosos (Few, 2000, 2001, 2002; Brown, 2002; Agrawal y Gibson, 1999)

Entre los sesgos perversos detectados por estos análisis está el que, en ocasiones, en el cambio de actitud hacia las poblaciones locales se ha llegado a pasar de la consideración de las mismas, especialmente en el caso de los grupos indígenas o campesinos, como obstáculos y amenazas para la conservación, a su idealización como intrínsecamente benéficos. “Naturalizándolos” en cierto modo bajo el término frecuentemente utilizado de “comunidades”, indígenas o campesinas, se las tiende a considerar de manera homogénea, como colectivos de carácter igualitario, obviando que, como en cualquier grupo humano, las relaciones de poder y las desigualdades son parte intrínseca de su existencia (Agrawal y Gibson, 1999; Brown, 2002; Rus, 2009¹). Este olvido tiene consecuen-

1. Este autor pone de manifiesto de manera particularmente reveladora la verdadera naturaleza dominadora y explotadora, con su secuela de represión y expulsión de los disidentes, que subyace bajo la apariencia comunitaria en el caso concreto los tzotzil de San Juan Chamula, en los Altos de Chiapas (México)

cias negativas para las políticas conservacionistas y de sostenibilidad, no sólo para alcanzar un desarrollo auténticamente sostenible, en el que la equidad debe aparecer como uno de los ejes fundamentales, sino para la propia conservación de los espacios y de la biodiversidad que se dice querer preservar. La afirmación de la crucial importancia de la participación activa, directa y efectiva de las poblaciones locales en la conservación y la gestión de los territorios no debe ocultar la evidencia de que esas "poblaciones locales" no siempre son respetuosas con el medio en el que viven, e incluso en ocasiones realizan agresiones sobre el mismo que no sólo afectan a los elementos y procesos biofísicos de los ecosistemas que lo constituyen, sino, como partes integrantes de ellos que son, también a sí mismas.

Como señala Katrina Brown (2002), el fracaso de muchos proyectos que pretenden integrar la conservación y el desarrollo se debe a la simplificación en la conceptualización de los factores implicados en ellos: comunidad, participación, empoderamiento y sostenibilidad.

Con respecto a la primera de estas cuestiones, la visión simplista de las comunidades como realidades sociales espacialmente unitarias, de pequeño tamaño, socialmente integradas y homogéneas, sin conflictos internos, basadas en normas compartidas por la totalidad de sus miembros y capaces de actuar como unidades democráticas y de consenso, obviando las diferencias, desigualdades y conflictos existentes en su seno que afectan al acceso y manejo del medio y de los recursos (West y Brechin, 1991; Taylor y Mckenzie, 1992; Western y Wright, 1995; Nelson y Wright, 1995; Leach; Mearns y Scoones, 1997; Ghimire y Pimbert, 1997; Agrawal y Gibson, 1999; Few, 2000, 2001, 2002; Brown, 2002; Rus, 2009), se convierte en un factor clave que dificulta la posibilidad de compatibilización de la conservación con el desarrollo sostenible de las poblaciones locales.

En relación con esta concepción de la comunidad, suscribimos las palabras de Arun Agrawal y Clark Gibson en el sentido de que reconocer y trabajar con la multiplicidad de actores e intereses es crucial para aquellos que promueven programas comunitarios y que tal reconocimiento indica que el empoderamiento de los actores locales para usar y manejar sus recursos naturales es más que la descentralización de la autoridad sobre esos recursos desde el gobierno a "una" comunidad. El reto mayor es comprender los modelos de diferencia dentro de las comunidades (Agrawal y Gibson, 1999: 637).

Es más, la intervención de los agentes de la conservación puede alimentar sistemas de poder que, más allá de las apariencias superficiales, son de naturaleza dominadora y explotadora, ayudando a reproducir e

incluso a incrementar la concentración del control de los recursos que proporciona la conservación en manos de los miembros de las élites locales que, de este modo se apropian del capital simbólico, social, político y económico que les otorga el papel de intermediación entre el conjunto de la población local, de la “comunidad”, y los agentes externos de la conservación: administraciones públicas, científicos, cooperación internacional, organizaciones civiles, etc. (Sheridan 1988; Agrawal y Gibson 1999; Boggs 2000; Few 2000, 2001, 2002; Chakraborty 2001; Haenn 2005; Galván 2007; Hoole 2008; Rus, 2009)².

Los agentes externos de la conservación (estado y organizaciones) no son totalmente libres para construir y definir a la naturaleza y a la gente a voluntad (Haenn, 2005: 29), sino que la agencia de las poblaciones locales introduce sus propios intereses y necesidades (Sheridan, 1995: 48), dando lugar a contradicciones, inconsistencia y sesgos de la conservación. Por otro lado, la acción de estos agentes externos tampoco es nunca monolítica ni unívoca, sino que presenta desviaciones en función de su interacción con los diferentes grupos de poder internos y externos, todo lo cual da lugar a lo que Nora Haenn denomina “cacofonía de contradicciones sobre el entorno natural” (Haenn, 2005: 29 y 34).

A este fin se hacen imprescindibles estudios que aborden en profundidad el análisis pormenorizado y minucioso de los entramados formales y, especialmente informales, y de los procesos a través de los que se establecen, desarrollan y reproducen las relaciones de poder en contextos concretos, y su conexión con los demás procesos que conforman los socioecosistemas. La etnografía, con la observación directa y participante, en lo posible, no sólo de los discursos, sino de las prácticas y comportamientos, aparece como la estrategia más adecuada para conseguir esa “descripción densa ecológico-política” a la que hacen referencia Richard Peet y Michael Watts (1996: 38) que sea capaz de captar la densidad y las múltiples articulaciones y dimensiones de dicho entramado.

No son muchos los estudios que hayan profundizado en esta problemática para intentar desentrañar la manera en que las relaciones de poder internas en el seno de las poblaciones locales, articuladas en una trama de complementariedades y contradicciones con los actores externos que intervienen desde el estado y las organizaciones supralocales con el argumento de la conservación, inciden en la efectividad de las acciones que supuestamente persiguen el mantenimiento de las funciones ecosisté-

2. Aunque no en relación al tema de la conservación, es muy iluminador en este sentido el trabajo de Jan Rus (2009) sobre la influencia de las estructuras y mecanismos del estado mexicano y del aparato político del partido hegemónico desde la Revolución en la transformación del papel de los caciques chamula tradicionales.

micas básicas y la preservación de la biodiversidad de los espacios. Entre ellos cabe destacar el trabajo de Nora Haenn (2005) sobre la Reserva de la biosfera de Calakmul en el estado mexicano de Campeche y el de Denisse Galván (2007) sobre el Ejido de La Vega en el Área de Protección de Flora y Fauna de Cuatrociénegas, en el estado de Coahuila (México); el de Katrina Brown (2002) en el Parque Marino del Arrecife Buccoo Reef en el suroeste de la isla de Tobago; el de Roger Few (2000, 2001, 2002) en la Reserva Marina de Bacalar Chico y el Parque Nacional del Cabo Ambergris, en Belize; o el de Arthur Hoole (2008) sobre la experiencia de conservación de base comunitaria de las comunidades de Torra y Ehi-rovipuka en el Parque Nacional de Etosha, en el norte de Namibia. Especialmente las dos primeras ilustran cómo las relaciones de poder internas existentes bajo el paraguas comunitario del ejido (Krantz, 1991), en conexión con las estructuras de poder regionales, estatales y supraestatales, inciden en los sesgos observados en las acciones de conservación llevadas a cabo con el intento de conseguir la participación y el compromiso de las poblaciones locales con los objetivos de la misma. Estas referencias permiten situar nuestro análisis y establecer la base para un futuro estudio comparativo, que no podemos abordar en este trabajo.

Aquí nos centramos en el caso de Caño Negro, una población rural situada en un área protegida del norte de Costa Rica que nos servirá de ejemplo para ilustrar la manera en que el establecimiento, desarrollo y reproducción de las relaciones de poder inciden directamente en la conservación del medio ambiente. Destacamos cómo, paradójicamente, los recursos materiales y simbólicos que genera un determinado modelo de conservación basado en la prohibición, la exclusión, la compensación y las sanciones, lejos de contribuir a la preservación del medio y de las relaciones igualitarias, fomentan las agresiones al entorno y alimentan las desigualdades internas.

Caño Negro no es una "comunidad", no posee los rasgos que caracterizan a este tipo de organización social: carácter homogéneo, esencialmente igualitaria, internamente cohesionada,... Lo que intentamos demostrar es justamente que dicha "comunidad" no existe, si aplicamos un concepto riguroso de "comunidad" o de "organización social de carácter comunitario". Por el contrario, la imagen mistificada de "comunidad" es utilizada en función de sus propios intereses por parte de actores externos a la sociedad local, ya sea por falta de rigor y profundidad en los análisis y diagnósticos, condicionados por una mirada "romantizadora", ya por la conveniencia de tener interlocutores concretos que "representen" al conjunto de la población de manera "natural". Pero también por parte de la propia "comunidad", algunos de cuyos miembros, situados en posicio-

nes de privilegio, al menos relativo, con respecto al resto de la población, aprovechan esa imagen para acaparar la “representatividad” que les da su condición de miembros de la “comunidad” especialmente capacitados o con mayor disponibilidad, capitalizándola como un elemento para el fortalecimiento de dicha posición y, con ello, para el mantenimiento, cuando no la profundización de las desigualdades realmente existentes y el sistema de relaciones clientelares. Con ello, finalmente, la mistificación de la población local como “comunidad” termina convirtiéndose en un factor que no sólo no contribuye a una adecuada conservación y/o desarrollo local, sino que incluso puede acentuar la degradación del medio y la deriva del “desarrollo” hacia situaciones alejadas de la sostenibilidad.

Metodología

La información que sirve de base a nuestro análisis procede de un trabajo de campo etnográfico llevado a cabo en varios periodos entre los años 2007 y 2009 en Caño Negro, en el marco de un proyecto titulado “Turismo sostenible, desarrollo local y cooperación internacional: Resiliencia socioecológica y articulación transfronteriza en el Río San Juan (Costa Rica-Nicaragua)”, en colaboración con investigadores de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, FLACSO-Costa Rica, Universidad Nacional de Costa Rica, Instituto Tecnológico de Costa Rica y Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-Managua, y financiado por la AECID, la Junta de Andalucía y la Universidad Pablo de Olavide. A lo largo de un total de seis meses de permanencia sobre el terreno, distribuidos en cuatro estancias, se realizó un trabajo de observación directa y, en la medida de lo posible, participante de la vida y las actividades de la población local del distrito de Caño Negro, abarcando todos sus núcleos de poblamiento, y de manera particularmente intensa en el centro y cabecera del mismo, la localidad de Caño Negro. En el transcurso de esta observación prestamos una especial atención a los espacios de sociabilidad: bares, plazas, asociaciones.... Pero también, a los momentos puntuales de mayor relevancia pública como las asambleas locales, las reuniones de los miembros de las asociaciones o diversos rituales. Durante este periodo se efectuaron numerosas entrevistas abiertas y semiestructuradas a vecinos de todos los sectores sociales: líderes políticos, miembros de las diferentes asociaciones, campesinos, pescadores, autoridades encargadas de la gestión del medio ambiente, agricultores, nuevos colonos, empresarios turísticos... También llevamos a cabo algunas entrevistas fuera del distrito, en Los Chiles, la capital de ese cantón, a representantes políticos

y del sector turístico. Las entrevistas se complementaron con diferentes grupos de discusión en los que participaron un amplio y variado número de informantes, y nos sirvieron para profundizar y contrastar nuestra información. El gran volumen de datos obtenido a través de todo ello nos permitió trazar la red de relaciones locales, así como conocer las distintas posiciones de los actores locales en relación al medio.

A lo largo de los tres años de duración de este proyecto se llevó a cabo un trabajo sistemático y exhaustivo de consulta y análisis de toda la información relacionada con Caño Negro respecto a los objetivos de la investigación: datos estadísticos, estudios previos, documentos oficiales, planes de manejo, documentación emanada de los distintos proyectos y procesos participativos llevados a cabo, información en medios de comunicación, etc. que nos aportaron datos complementarios y elementos de contraste con respecto a la información obtenida sobre el terreno.

A través de las entrevistas y del estudio de la documentación de diversa índole (estadística, histórica, geográfica...) pudimos reconstruir la evolución experimentada por esta población, los cambios sufridos en su estructura socioeconómica, así como las transformaciones en las relaciones con el entorno.

El caso de la “comunidad” de Caño Negro y la conservación del Refugio Nacional de la Vida Silvestre.

Caño Negro es un sistema lagunar ubicado en la provincia de Alajuela, en la Zona Norte de Costa Rica, generado por el desbordamiento del Río Frío, principal aporte desde la zona costarricense del gran Lago Cocibolca (Nicaragua). Situado en el corazón del antiguo territorio maleku, constituye un espacio de excepcional valor por su biodiversidad y su posición clave en la conectividad ecológica entre las grandes áreas biológicas del continente americano. Numerosas especies de aves, caimanes, cocodrilos, tortugas, jaguares, pumas, ciervos de cola blanca, peces, como el gaspar, tienen allí su hábitat y otras muchas lo utilizan como punto clave en los movimientos migratorios en el sentido norte-sur (Norteamérica-Suramérica) y este-oeste del corredor mesoamericano (Caribe-Pacífico). Esta riqueza biológica e importancia estratégica fueron los argumentos que justificaron la actuación por parte de la administración costarricense para “asegurar” su conservación mediante su declaración como Refugio de la Vida Silvestre en 1984, incluido en 1991 en el Convenio Ramsar.

Asimismo, en el año 2007 fue declarado por la UNESCO como el corazón de la nueva Reserva de la Biosfera Agua y Paz, que protege

unas 916 mil hectáreas de bosque tropical, ríos y humedales; y que incluye también al Parque Nacional Volcán Tenorio, al área de protección Volcán Miravalles y al Parque Nacional Volcán Arenal, todos en la cordillera volcánica de Guanacaste.

Pero el nombre de Caño Negro también identifica a una “comunidad”, una localidad rural, cabecera del distrito del mismo nombre, dentro del Cantón de Los Chiles. En 2009, la población de la localidad de Caño Negro era de 852 habitantes³.

El origen de esta población es relativamente reciente. Hasta principio del siglo XX este espacio fue parte importante, tanto desde el punto de vista de la subsistencia, como del simbólico, del territorio de la etnia maleku, uno de los pueblos originarios de Costa Rica. Sus tierras se extendían por toda la cuenca del Río Frío, desde su nacimiento, en la Cordillera del Tilarán, hasta su desembocadura en el Lago Nicaragua (Castillo Vásquez, 2005). La laguna de Caño Negro, además de lugar de caza y pesca, constituía un espacio sagrado para este grupo étnico, ya que en su cosmogonía el agua ocupa un especial protagonismo. Dioses, antepasados y otros seres sobrenaturales están ligados a este elemento⁴.

A finales del XIX, la ciudad de San Carlos, situada justo en la embocadura por la que el lago Cocibolca desagua hacia el Caribe a través del río San Juan, y otras cercanas, como San Miguelito, se convirtieron en centros de operaciones de los huleros nicaragüenses que se adentraban en tierras maleku con el fin de recolectar el látex del árbol del hule que en esos momentos era muy demandado por la industria automovilística de EE.UU. Los huleros penetrarán en territorio maleku, saqueando sus poblados y destruyendo sus árboles. Pertrechados con armas de fuego, no dudarán en deshacerse de una población que se oponía a sus fines, dando lugar a una larga y sangrienta guerra que terminará finalmente con la expulsión de los maleku de lo que había sido una gran parte de su territorio.

El hule no fue el único atractivo de este territorio. La riqueza de Caño Negro en caza (caimanes y cocodrilos, especialmente para la venta de sus pieles), pesca y otras materias primas como la raicilla (ipeacuana) propició que, una vez que se replegaron los malekus hacia el curso medio del río Frío, donde se les recluirá en una reserva, se asentaran en la zona cazadores y pescadores nicaragüenses, en principio de forma estacional y a medida que la situación fue más segura, de manera permanente. Estos colonos desmontarán parte del bosque y emprenderán una explotación

3. Dato obtenido del Censo de Población realizado por la CCSS, Área de Salud de Los Chiles, 2009-2010.

4. Para información sobre la cultura del agua maleku ver Montoya-Greenheck, Carvajal y Salas (2005).

agropecuaria que, durante mucho tiempo fue sólo de subsistencia. Serán estos cazadores los fundadores de la actual población de Caño Negro. Se trataba de un grupo reducido de familias que, una vez expulsados los indígenas, no tuvieron ningún problema para repartirse este territorio. La población que llegó posteriormente en diversas oleadas se encontró con un espacio totalmente repartido y sólo unos pocos pudieron acceder a alguna tierra a través de la compra o el arrendamiento.

En la memoria de los habitantes de Caño Negro⁵ están presentes estos pioneros de los que son descendientes una parte significativa de los actuales vecinos del pueblo. Tres de aquellas familias colonizadoras tendrán un especial protagonismo en la historia de Caño Negro, los Fuentes, los Martínez y los Buendía⁶. Esta última, además de destacar por su posición económica (considerada sólo en términos relativos y en comparación con la pobreza de la mayor parte de la población) sobresaldrá por la influencia que ha ejercido y sigue ejerciendo como núcleo de lo que la población local muy gráficamente denomina la “argolla” (grupo de poder) que ha dominado y todavía domina en la vida local.

Hasta hace solo unas décadas la región se encontraba prácticamente aislada del resto de Costa Rica. En cambio, el río Frío la conectaba con Nicaragua. Descendiendo este curso fluvial se accede a la confluencia entre el Lago Cocibolca (Nicaragua) y el río San Juan, punto estratégico donde se ubica la localidad de San Carlos. Hasta la década de los ochenta del siglo XX las posibilidades de comunicación desde Caño Negro eran muy limitadas, ya que toda la franja norte de Costa Rica constituía un territorio marginal, aislado, sin carreteras que lo unieran al resto del país. Un camino de tierra, practicable sólo durante la estación seca –de febrero a abril– llegaba hasta Upala, y por bote se accedía a Los Chiles a través del río Frío. Estas dos poblaciones igualmente se encontraban aisladas y desbastecidas por lo que la única opción de los habitantes de Caño Negro para obtener mercancías y disponer de algunos servicios básicos era dirigirse al país vecino. Descendiendo el curso del río Frío se llegaba hasta San Carlos, en Nicaragua, lugar donde se abastecían de medicinas, telas, arroz, manteca o azúcar. Géneros que intercambiaban por la escasa producción local: naranjas criollas, pescado salado y pieles de lagartos (cocodrilos) y guajipales (caimanes). Hasta que llegaron a la zona los primeros motores era un trayecto que había que hacer a remo. La ida y la vuelta suponían emplear buena parte de un día. Viajar hasta San José era toda una odisea o un privilegio al alcance de unos pocos. A partir de la

5. El nombre de Caño Negro se lo puso Pedro Gutiérrez Vázquez, uno de aquellos pioneros.

6. Para preservar la privacidad, todos los nombres que aparecen en este texto son ficticios.

década de los cuarenta un servicio de avionetas desde Los Chiles conectaba la zona con la capital del país, servicio que evidentemente utilizaban sólo los más pudientes o los miembros de la administración estatal.

No será hasta 1982 cuando se abra la carretera que une la zona norte con la capital. En 1983 se mejorará el firme del camino que une Los Chiles con Caño Negro. La conexión completa entre estas dos poblaciones no finalizará hasta 1997, cuando la empresa frutera costarricense, Compañía de Oro, para poder sacar su producción de la zona, construyó el puente que salva el río Frío. El agua entubada para el consumo doméstico no llegó a Caño Negro hasta 1986, y la luz eléctrica hasta 1995. Anteriormente sólo algunos vecinos disponían de motores para generar electricidad.

El aislamiento en que se desenvolvía la vida de esta localidad propiciaba una economía relativamente autárquica. La combinación de pesca, caza y agricultura constituía la base de la subsistencia local. Frente a un reducido grupo de propietarios que dedicaba sus tierras principalmente a la ganadería, la mayoría de la población sobrevivía cultivando pequeñas parcelas con productos básicos como frijoles o arroz, pero, sobre todo, pescando y, en menor medida, cazando. El pescado seco y salado constituía la base de la alimentación local y el principal producto destinado al comercio.

Si durante décadas este territorio tuvo escaso interés, a partir de los años setenta del siglo pasado, por razones económicas y geoestratégicas, la situación cambiará. El gobierno costarricense favorecerá la creación de nuevos asentamientos para reforzar el área fronteriza y reorganizará administrativamente la zona, creando nuevos cantones y distritos. A partir de 1984 este área será considerada prioritaria por su potencial agroganadero (Arrieta, 1996: 102). Mejorarán las vías de comunicación, atrayendo a criadores de ganado y agricultores del resto del país. Los bajos precios de las tierras propiciaron el establecimiento de compañías agropecuarias. Primero fueron las empresas naranjeras y, posteriormente, las piñeras. Desde los años 90 se producirá el establecimiento de diversos grupos de colonos impulsados por el IDA (Instituto de Desarrollo Agrario de Costa Rica) que darán lugar al surgimiento en el distrito del que es cabecera Caño Negro de varios poblados, situados a unos kilómetros del núcleo urbano. Frente a esta población que llega, una parte de los habitantes de Caño Negro, sin tierras, se verá obligada a emigrar temporal o permanentemente a otras partes del país.

El aislamiento de la zona, las duras condiciones de vida y las dificultades para la producción agrícola favorecieron la consolidación de un sistema de relaciones de dependencia de los primeros colonos con res-

pecto a algunas de aquellas familias pioneras que impusieron su control sobre el acceso a la tierra y el monopolio del suministro de los productos básicos. En una economía de subsistencia, con muy escasa monetarización, el acceso a los recursos y particularmente a la tierra, ya en forma de propiedad, ya en arrendamiento, dependerá, y aún en buena medida depende, de algunos miembros de aquellas familias pioneras. Esta dependencia generará fuertes vínculos a través de los que un sector importante de la población que progresivamente se irá asentando allí (todavía hasta los años 90 del pasado siglo de origen mayoritariamente nicaragüense) se verá sometida a una red de relaciones de poder de carácter clientelar de la que les resulta muy difícil salir, y que impregna y determina la vida de la "comunidad", convirtiendo este termino en un eufemismo vacío de los significados de homogeneidad, igualitarismo, reciprocidad y solidaridad orgánica que evoca.

En este mundo relativamente aislado, los Buendía, ocuparán un lugar destacado. El patriarca de esta familia, Julio Buendía, fue uno de los pioneros que llegaron desde Nicaragua procedente de Juigalpa, en el lago Nicaragua. Su esposa, perteneciente a otra familia de colonizadores, los Martínez, procedía de Morrito, una población del lago, situada más al sur. Su condición de fundador y las alianzas de parentesco que se interesó en establecer con otras familias de pioneros le permitió convertirse en uno de los máximos propietarios de tierras y de ganado. Julio Buendía, a la vez que destacado terrateniente, también se erigirá como el principal mercader de la población. Será el primero en disponer de una barca a motor con la que comerciar con Nicaragua. Se encargará de comprar la producción local y venderla en San Carlos, donde, al mismo tiempo, se proveerá de mercancías que después distribuía en un pequeño comercio que tenía en Caño Negro. También era propietario de la que, durante mucho tiempo, fue la única cantina del pueblo. Este sistema económico generará unos fuertes lazos de dependencia de la población hacia esta familia.

Era un hombre muy listo, hábil, muy buen negociante, analfabeto pero con muchas inquietudes. Su madre le enseñó a leer. Recibía los periódicos viejos de San José y los leíamos en casa. Caño negro se encontraba completamente aislado, la única comunicación era el río Frío, se podía ir desde Upala a San Carlos de Nicaragua. Mi padre iba a vender naranjas criollas a San Carlos de Nicaragua, en un bote de remos, se tardaba todo el día (...) después tuvo una barca con motor (...). Él montó la primera soda del pueblo. Era una vida dura, pero tranquila, éramos como una gran familia. (Regidor del Distrito

de Caño Negro en el Consejo Municipal del Cantón de Los Chiles
2006-2010)

En consecuencia, en Caño Negro no existe una estructura organizativa de carácter comunitario, sino que se configura en forma parecida a lo que Sheridam (1988) denomina “comunidad corporada”, organización social local estructurada sobre la existencia de grupos familiares que actúan como unidades básicas de producción y consumo, que se extienden más allá de los miembros que forman parte de ellas en base a los lazos de parentesco real a través de alianzas y relaciones de tipo clientelar, recubiertas en ocasiones con formas de parentesco ritual (Nutti y Bell, 1980; Christinat, 1989; Genis, 2003; Mendoza Ontiveros, 2010; Rodríguez, 2012), como el compadrazgo, y que, manteniendo su identidad como grupos a través del tiempo, detentan el control de ciertos recursos naturales.

La reorganización territorial de Costa Rica en 1970 supuso la creación del Distrito de Caño Negro dentro del Cantón de los Chiles⁷. Desde entonces la representación del Distrito de Caño Negro en el Consejo Municipal de Los Chiles será ocupada de forma continuada por miembros de la familia Buendía, que también acapararán la presencia en otras instituciones locales y supralocales. Si hasta entonces los miembros de esta familia eran los intermediarios de la comunidad con el exterior, ahora este papel se verá reforzado. Todos los trámites burocráticos de los vecinos pasarán por sus manos: el registro de los nacimientos, al acceso a los servicios sociales y de salud, las gestiones bancarias, o la solicitud del servicio eléctrico, entre otros muchos:

Ellos [los Buendía] eran los maestros y les decían a todos lo que tenían que hacer, les arreglaban los papeles para la luz, inscribían a los niños. Todo lo solucionaban ellos. Resuelven cualquier problema, reparten lo que llega al pueblo. (...). El esposo de X es el que controla el dinero que llega (...) Ya no tienen dinero, pero siguen controlando, son siempre los mismos en el partido X. Se aprovechaban de la ignorancia y de que eran los maestros (Peón agrícola, 30 años)

El protagonismo de los Buendía en Caño Negro se tiende a reforzar con una relectura de la historia de esta población en la que esta familia ocupa el papel más destacado, y en la que se atribuye a Julio Buendía el papel de “héroe civilizador”. El pionero que sacó Caño Negro de la barbarie,

7. El cantón de los Chiles surgirá como una segregación del cantón de Grecia. Entre los primeros regidores ya encontramos a un Buendía.

que creó la escuela, pieza fundamental en el sistema de poder local⁸ y, a través de la parcelación de una de sus propiedades para la construcción viviendas, configuró la base de su actual entramado urbano⁹.

La apropiación de la identidad local aparece también como otro de los principales recursos utilizados por la argolla en su estrategia de reproducción del sistema de relaciones de poder sobre el que sustenta su dominio. Especial protagonismo en ello, como en otros muchos aspectos, han tenido y tienen los miembros de la familia Buendía. Desde la apropiación del origen mítico del propio Caño Negro, encarnado en la figura de Julio Buendía como fundador y héroe civilizador, hasta la presencia protagonista en las principales ocasiones festivas de la población, ya de manera directa, ya a través de la Asociación de Desarrollo Integral (ADI), que controlan. Fiestas de carácter tradicional, como la Fiesta Patronal de San José, en marzo, o la Feria Cívica, en mayo, u otras de más reciente creación, como la Feria Internacional del Gaspar, en octubre, o la paradójica y un tanto esperpéntica “recreación” de la celebración que hasta su expulsión, a principio de los años 70, realizaban los maleku con motivo de su visita anual a la laguna.

El Refugio de la Vida Silvestre como nuevo recurso de poder

Como se ha indicado, en 1984, la administración costarricense, en una de las primeras actuaciones conservacionistas que convertirán a Costa Rica en país líder en la política de conservación medioambiental, declarará la laguna de Caño Negro como Refugio de la Vida Silvestre, sin que la población local tuviera participación en ello, como ha sido la tónica en la mayoría de las actuaciones de este tipo, tanto en Costa Rica, como en otros muchos países.

La conservación del espacio se impondrá de manera formal y casi exclusivamente basada en el establecimiento de prohibiciones, controles y sanciones sobre muchas de las actividades que complementaban tradicionalmente la subsistencia de dicha población, pero sin la dotación de me-

8. El que varios miembros de esta familia hayan sido y sean maestros en Caño Negro, posición de gran importancia como fuente de prestigio y poder, ha facilitado la difusión de esta interpretación de la historia local.

9. Esta actuación, llevada a cabo a instancias de uno de los primeros maestros llegados a Caño Negro, a parte de responder a la necesidad de asegurar la asistencia regular de un número mínimo de niños a la escuela, sirvió también para reforzar y ampliar los vínculos de dependencia con muchos vecinos a los que vendió las parcelas a bajo coste, y en muchos casos “a crédito”

dios materiales y humanos suficientes para ejercerlos de manera efectiva, como testimonian algunos de los propio agentes responsables del Refugio.

La declaración de la zona como espacio protegido, a partir de la década de los ochenta del siglo pasado, ha restringido considerablemente los usos de este territorio, dejando muy pocas salidas económicas a sus habitantes. La caza ha quedado prohibida y la pesca muy limitada. Sólo se permite pescar a un reducido número de familias, las más pobres, durante un periodo muy concreto, durante la época seca. Las capturas de las especies más rentables, como el gaspar, están muy limitadas, así como las de otros animales, como las tortugas, elemento muy presente en su dieta tradicional.

No obstante, el control de las actividades permitidas y prohibidas dentro del Refugio se convierte en otro recurso que los miembros de la “argolla” aprovechan para el mantenimiento de su poder. Aunque es el MINAE (Ministerio de Ambiente y Energía de Costa Rica) el que tiene esta potestad, el Consejo de Distrito o la Asociación de Desarrollo Integral (ADI) también intervienen, consintiendo o denunciando las actividades de los vecinos dentro del Refugio en función de su posición y actitud con respecto a los miembros de la argolla. Este mecanismo se convierte en un instrumento muy efectivo que complementa los otros recursos a través de los que ejerce el poder clientelar y que se ve favorecido por la incapacidad material, cuando no la complicidad al menos tácita, de dichos agentes, con algunos de los cuales mantienen también relaciones de alianza y parentesco¹⁰.

Lo mismo que en otras zonas de Costa Rica, la protección de este área ha tenido una clara orientación turística. Esta política ha propiciado la intervención en Caño Negro de un gran número de organizaciones nacionales e internacionales¹¹ que han implementado proyectos encaminados a la mejora de las condiciones de vida y al uso sostenible del medio por parte de la población local, casi todos basados en el desarrollo turístico.

Sin embargo, a pesar de que son ya varias las décadas de intervención, los resultados son escasos. Caño Negro sigue siendo una zona muy pobre y la degradación del medio ambiente va en aumento. El desarrollo turístico tampoco ha sido el esperado, por lo que parte de la población sigue considerando la declaración de la laguna como espacio protegido una medida contraria a los intereses locales que impide el progreso de la zona.

10. Por ejemplo, uno de los miembros de la familia Buendía está casado con una de los componentes del equipo técnico encargado de la conservación del Refugio.

11. Son múltiples las organizaciones que han intervenido en la zona: Amigos de la Tierra, UICN, Rainforest Alliance, AECID, JAZON...

Hay razones de distinta índole que explican el fracaso de una parte considerable de estos proyectos. En la mayoría de los casos se trata de actuaciones puntuales y sin ningún tipo de coordinación entre sí. Pero, además, creemos que uno de los aspectos decisivos a la hora entender la poca eficacia de la cooperación que se viene realizando en Caño Negro tiene que ver con la escasa participación de la población local en estos proyectos. Este hecho puede resultar extraño, ya que en la actualidad todas las organizaciones dedicadas a la cooperación tienen asumido, al menos de manera teórica, que para que ésta sea eficiente es necesario contar con los actores locales. Y de hecho, al menos formalmente es así. Todos estos proyectos comienzan con la identificación de los líderes locales que servirán como mediadores y canalizadores de las intervenciones. Pero es precisamente la forma en que se lleva a cabo esta selección la que explica su inoperancia. Pocas veces se hace un diagnóstico adecuado sobre la estructura social y las relaciones de poder locales. Por lo general se limitan a intentar localizar aquellas personas que ocupan posiciones relevantes en las instituciones locales o que ejercen el liderazgo en asociaciones formales, dando por supuesta la representatividad de esas instituciones y el carácter horizontal de las relaciones entre los vecinos. Esta manera de actuar tiene mucho que ver con el escaso tiempo y esfuerzo que en la mayoría de estos proyectos se dedica al análisis social y la insuficiente preparación de los que los llevan a cabo, que casi nunca poseen una formación especializada en estas cuestiones. Otro factor distorsionador es la imagen preconcebida de comunidad que tienen muchos de los que realizan los diagnósticos. Con demasiada frecuencia se asocia a la pequeña comunidad campesina con homogeneidad, solidaridad, igualdad, reciprocidad... y el técnico de la administración o de la ONG termina adaptando la realidad a la imagen que trae. Es cierto que esta concepción romántica, redfieldiana, de comunidad ha sido muy criticada desde hace décadas, sin embargo sigue operativa, explícita o implícitamente. Se trata de un hecho palpable que hemos podido constatar en el caso de Caño Negro.

Como consecuencia de ello la política de conservación no sólo no ha servido para el mantenimiento de la biodiversidad y la integridad del ecosistema, sino que indirectamente y en aparente paradoja frente a la voluntad "modernizadora" a la que dicha política supuestamente responde, ha alimentado el sistema de relaciones de poder imperante, fortaleciendo, extendiendo y acentuando el control sobre la sociedad local de determinados miembros de la "comunidad", a los que podría considerarse integrantes de la "élite" local, la "argolla".

Desde este grupo se aprovecha la imagen mistificada sobre el carácter comunitario de la población y su condición de pobreza, potenciándola y

asumiendo miméticamente la “cultura” conservacionista que les permite beneficiarse de las ayudas que, en forma de información, subvenciones o capacitaciones, aumentan sus relaciones externas, favorecen sus intereses y fortalecen su posición. Paradójicamente la ayuda al desarrollo y a la conservación que llega de fuera de la localidad ha supuesto un balón de oxígeno para el mantenimiento de su poder. La gestión de estos recursos, a través del control de la ADI, del Consejo de Distrito y de su presencia en la Municipalidad, así como en algunas de las instituciones que juegan un papel relevante, como la Cámara de Turismo de los Chiles, le sigue otorgando un gran protagonismo.

Circunstancias muy similares a las que describen Denisse Galván, en la Vega, y Nora Haenn, en Calakmul, donde la élite local, en contra de la fragmentación y las desigualdades realmente existentes en el seno del ejido que revelan un acercamiento más objetivo (Krantz, 1991), se preocupa por cuidar la imagen de campesinos pobres “ordenados” y “bien portados” ante el exterior, a fin de aprovechar las oportunidades de obtener algún beneficio (Galván, 2007: 73; Haenn, 2005: 32)

Algunos de los miembros de esta élite aprovechan su posición estratégica como intermediarios entre la población, instituciones y organizaciones externas para instrumentalizar su representación y canalizar los recursos y beneficios derivados de las actuaciones que desde las mismas se llevan a cabo en pos de la conservación y del desarrollo sostenible. Este es el caso, por ejemplo, del papel desempeñado por la directora del Área de protección de Flora y Fauna de Cuatrociénagas (Cohauila), antigua presidenta municipal por el PRI del municipio de La Vega (Galván, 2007), del director de la Reserva de Calakmul (Haenn, 2005: 9), o en el caso de Caño Negro, del Regidor Municipal en representación del distrito de Caño Negro en la Cámara Municipal del Cantón de Los Chiles entre 2005 y 2010, perteneciente a la familia Buendía.

A diferencia de otras localidades de la zona, donde los contrastes sociales son apreciables a simple vista, cuando se llega a Caño Negro la primera impresión es de una cierta homogeneidad social, ya que en el casco urbano apenas encontramos infraviviendas, ni se observan grandes distinciones en las construcciones. Las relaciones sociales aparentemente son bastante horizontales e igualitarias. Salvo un par de establecimientos turísticos destinados a forasteros, las escasas tiendas y bares son frecuentados por todos los vecinos sin distinción. Tuvimos la oportunidad de asistir a varias reuniones con dirigentes locales, representantes de asociaciones y vecinos, y todas transcurrieron con una gran cordialidad y armonía entre ellos. El corto número de habitantes de este núcleo, unido

al hecho de que la mayoría lleva afincada allí desde hace décadas, permite que se conozcan todos los convecinos.

La situación actual de Caño Negro parece contrastar con la de la población controlada por las familias de la élite local del pasado reciente. Pero basta conocer un poco más de cerca la localidad para comprobar que las apariencias engañan, que las cosas no han cambiado tanto como a simple vista puede parecer. Una estancia prolongada nos muestra que la armonía se desvanece y, como no podía ser de otra forma, las tensiones y los conflictos afloran y se constata que las relaciones clientelares no son algo del pasado sino que siguen vigentes.

La ilusión de la vertebración comunitaria.

Un hecho que llama poderosamente la atención a muchos de los que trabajan en intervención y cooperación en Caño Negro es el elevado número de asociaciones que existen¹². Este dato parece corroborar que nos encontramos ante una comunidad muy bien estructurada. Algunos dirigentes locales creen que este es un rasgo definidor de Caño Negro que lo diferencia de comunidades vecinas:

En caño Negro hay muchas asociaciones, es algo propio de Caño Negro, la buena organización. No como en Los Chiles, donde no son capaces de poner orden. Allí la asociación de boteros es un caos. (Regidor del Distrito de Caño Negro en el Consejo Municipal del Cantón de Los Chiles 2006-2010)

No resulta, por lo tanto, muy difícil para los que vienen con la idea preconcebida de comunidad, encontrar aquí el ejemplo perfecto de comunidad campesina. A partir de este prejuicio es fácil que se llegue a determinar quiénes deben ser los que actúen como mediadores entre la cooperación y la comunidad. Los representantes del distrito, democráticamente electos, y, aparentemente, en buena sintonía con la comunidad, así como

12. Citando sólo las que están formalmente constituidas y, de un modo u otro, mantienen cierta actividad, nos encontramos con las siguientes asociaciones de carácter semiinstitucional, como la Asociación de Desarrollo Integral (ADI), o la Asociación Administradora del Acueducto (ASADA); además de las asociaciones propiamente dichas, como la Asociación de boteros Caño Negro Real Tour, la Asociación para la Cría y Protección de Tortugas de Agua Dulce (ULIMA), la Asociación de Mujeres (ASOMUCAN), la Asociación de Pesca Artesanal (ASOPA), la Asociación de Artesanos Ecológicos, la Asociación de Mujeres Productoras de Tilapias (ASOPROTIL), y las que encontramos en otros poblados del Distrito de Caño Negro, como la Asociación de Mujeres de San Antonio, creada en el año 2000 (AMSA), o las dos asociaciones de la comunidad de Nueva Esperanza: la ADI de Nueva Esperanza y la Asociación de Mujeres Productoras Orgánicas de Nueva Esperanza.

los dirigentes de las muchas asociaciones, son siempre los candidatos elegidos con tal fin. Ellos son los que trasladan las inquietudes de los vecinos y los que gestionan parte de la ayuda que llega a la localidad.

Un análisis más riguroso del entramado asociativo de Caño Negro nos permite visualizar claramente las tensiones y los conflictos realmente existentes, y nos ayuda a entender de dónde deriva el orden social de esta población. A través de este análisis podemos hacernos una idea mucho más real de la estructura social y de poder local. La creación o el fomento de asociaciones es otro de los mecanismos que permite que este grupo siga manteniendo su preeminencia en la sociedad local, fomentando relaciones paternalistas y de dependencia. A través de su presencia y control de estas asociaciones, poseen un acceso privilegiado a la información y a los recursos que se invierten por la administración y la cooperación para el desarrollo sostenible de Caño Negro. Los trámites de las ayudas y cursos de capacitación básicamente siguen estando en sus manos.

Existen notables diferencias entre estas asociaciones en cuanto al número de miembros, función e importancia. En primer lugar, debemos destacar que algunas de ellas existen sólo formalmente, ya que, en realidad, no desarrollan ningún tipo de actividad, como ocurre con la de artesanos o la de pescadores. El número de personas implicadas es mucho más bajo de lo que a simple vista puede parecer, no sólo porque la cantidad de miembros de estas organizaciones es exigua¹³, sino, también, porque no son miembros efectivos todos los que aparecen registrados como socios.

La función, estructura y el peso local de estas organizaciones es también muy variado. Mientras que la ADI, tiene un carácter institucional y gestiona una importante cantidad de recursos, otras, como la de criadores de tortugas, es una pequeña cooperativa con sólo cinco socios y un volumen reducido de negocio. La asociación de pescadores, en cambio, no es más que una agrupación que sirve únicamente para controlar a las familias que tienen derecho a pescar en la laguna. La de boteros es en realidad una asociación de pequeños empresarios turísticos. Un hecho especialmente significativo es la presencia de distintos miembros de las familias que componen la argolla y muy especialmente de los Buendía en todas las asociaciones importantes. La más relevante, la ADI de Caño Negro, estuvo dirigida hasta 2012 por la esposa del regidor, que ya lo fue en otro mandato anterior, puesto que ocupó también su marido.

Algunos vecinos critican que esta familia tenga lo que ellos consideran un monopolio de esta asociación y que la utilicen en su beneficio:

13. Por ejemplo, la de criadores de tortugas, 5; la de boteros, 12; la de pescadores, 9; la de mujeres, 1.

Todo está controlado en este pueblo, [por dos familias, preguntamos], en realidad por una, los Buendía, porque los otros no tienen ánimo para enfrentarse. Lo controlan todo, la Asociación de Desarrollo. La directiva cambia, pero siempre son los mismos, se van cuando no hay nada que controlar y cuando hay dinero lo retoman (...) aquí todo es apariencia. (Propietario de hotel, 50 años)

Las asociaciones no sirven para nada, las organizan para recibir dinero y cuando lo cogen desaparecen o son controladas por los mismos. Solo tienes que ver quiénes están en las asociaciones, son siempre los mismos. (Peón agrícola, 30 años)

Para otros, en cambio, la presencia de los Buendía es algo natural que beneficia a la comunidad:

Ese señor [Julio Buendía] tiene el monopolio de todo.

El monopolio no, es que él y Don X son de las pocas personas preparadas y además conocen a mucha gente y eso es bueno.

El presidente anterior era un desastre (Agricultora, 40 años)

La Asociación de boteros Real Tour Caño Negro, que organiza una actividad clave para el turismo local, como es el transporte acuático, está integrada en su mayoría por miembros de las familias de la argolla, propietarios de botes a motor acondicionados para las visitas. Tres de sus promotores y socios más relevantes son miembros de la familia Buendía.

Estas asociaciones permiten estructurar la comunidad, manteniendo los elementos fundamentales del sistema clientelar sobre el que se basaba el orden tradicional. Pero a diferencia del pasado, cuando el grupo de la argolla basaba su poder en el control económico, ahora lo hace sobre el control político de la comunidad, de aquí deriva la necesidad de tener asegurados los votos en las elecciones locales. Objetivo que se logra, en parte, mediante la lógica de los “favores”, a través de los que se establecen y mantienen relaciones asimétricas de dependencia.

Los efectos del cambio económico sobre la conservación: el turismo como fuente de poder

La economía de Caño Negro, en la actualidad, poco tiene que ver con la de hace solo tres o cuatro décadas. Las actividades tradicionales (caza, pesca, explotación forestal, cultivos de subsistencia) han quedado redu-

cidas a su mínima expresión, en parte debido a la inserción de la zona en la economía nacional, pero sobre todo por las limitaciones que imponen las medidas de protección del medio. La actividad turística, aunque ha tenido un cierto desarrollo con la creación del Refugio Nacional de la Vida Silvestre de Caño Negro, no termina de despegar. Y el reparto de algunas tierras entre colonos, en la mayoría de los casos ha terminado en fracaso, al no poder competir con las grandes explotaciones. La principal fuente de trabajo son las grandes empresas ganaderas y agrícolas que se han instalado en la zona. Para la mayoría de los jóvenes la emigración sigue siendo la única salida

Si tradicionalmente el poder de la familia Buendía residía, sobre todo, en su posición económica, con la apertura de Caño Negro al exterior y su inserción en la economía nacional, la situación ha cambiado radicalmente. El establecimiento en la zona de grandes compañías fruteras, de ganaderos, de comerciantes y de funcionarios propiciará que los habitantes de Caño Negro no dependan ya para subsistencia de manera tan exclusiva de los Buendía. Sin embargo, esto no mermará el liderazgo de esta familia. Sabrán adaptarse a los nuevos tiempos y su poder, basado en buena medida hasta entonces en su posición económica, adquirirá nuevas dimensiones.

El turismo, una de las actividades que justifican la política conservacionista costarricense, al menos como legitimación de la misma, es presentado también como supuesta alternativa económica a la supresión o limitación de las actividades extractivas y productivas consideradas contrarias a la conservación de la biodiversidad y el ecosistema. En el caso de Caño Negro no sólo no parece contribuir a la conservación, sino más bien actúa como un componente que introduce presión sobre los recursos naturales, contribuyendo además al fortalecimiento de un sistema social desigual.

De manera análoga a lo que nos muestran Denisse Galván, para el caso de La Vega (Galván, 2007: 20), o Arthur Hoole, para el caso de Torra y Ehi-rovipuka (Hoole, 2008: 213), el desarrollo del ecoturismo, incide en la generación o acentuación de las desigualdades existentes en el seno de la población.

El turismo, que crecientemente se ve atraído por Caño Negro (principalmente para la práctica de la pesca, pero también cada vez más del ecoturismo), sin duda ha supuesto una cierta apertura al exterior de la comunidad y con ello la aparición de algunos elementos potencialmente debilitadores del orden establecido, sobre todo debido a la mejora de las comunicaciones y a la llegada de algunos nuevos actores. No obstante, ello no ha contribuido aún de manera significativa al cambio social,

sino que, en cierta medida, la instrumentalización de esta actividad la ha convertido en otro de los recursos controlados por la élite local en su estrategia de reproducción del control que ejerce sobre buena parte de la población.

Salvo los dos hoteles de Caño Negro, propiedad de dos empresarios extranjeros, una cantina y una soda (establecimiento de venta de comida y bebidas no alcohólicas), de otras familias locales, el resto de los establecimientos turísticos existentes hasta el momento pertenecen a miembros de la familia Buendía: tres alojamientos, un restaurante y un bar. Esta posición preponderante les permite potenciar determinadas actividades y no otras que puedan generarles competencia o poner en riesgo el mantenimiento del orden establecido.

La apertura de Caño Negro al exterior y la declaración de área protegida ha supuesto para este grupo una pérdida de recursos económicos propios, no sólo porque ya no pueden desarrollar algunas de las formas tradicionales de explotación del medio, sino también porque, al quedar la población inserta en una economía de mercado, no pueden controlar de la misma forma esos recursos. Esto explica que se hayan desprendido de una parte importante de sus tierras. El control de la economía local está ahora en manos de las compañías frutícolas y de los grandes propietarios de ganado y de tierras, la mayoría de ellos ni siquiera residentes en el territorio. Son ellos los que, con el desmonte de grandes zonas en la cuenca alta y media del río Frío para la ganadería extensiva y para el desarrollo de una agricultura industrial muy agresiva, basada en la explotación de la naranja y la piña, inciden de manera más importante en la degradación de las condiciones medioambientales que afectan al humedal¹⁴. Entre estos efectos hay que destacar la colmatación de la laguna por el aumento de los sedimentos arrastrados por el río y la contaminación de las aguas por los agroquímicos usados masivamente en los cultivos. Agresiones directas a las que hay que añadir las que indirectamente provocan parte de la numerosa población inmigrante que llega a la región atraída por las expectativas de trabajo en esas grandes explotaciones fruteras y ganaderas y que, como consecuencia de la muy precaria situación en la que se ven obligados a vivir, recurren a la realización de roturaciones clandestinas y a la práctica de la roza del monte para cultivo de subsistencia, lo que contribuye a la erosión y a la proliferación de los incendios, así como a la pesca y la caza furtivas para

14. Agresiones que vienen denunciando diferentes colectivos conservacionistas y ecologistas costarricenses, entre ellos de manera especialmente activa la asociación ASOPROCOSARENA, integrada por algunos de los pocos vecinos de Caño Negro independientes de la "argolla".

sobrevivir, ya que el trabajo en las grandes explotaciones es siempre de carácter irregular e inestable.

La incidencia de la población de Caño Negro sobre el medio ambiente es comparativamente pequeña, ya que los graves problemas que afectan a la laguna tienen su origen fuera del espacio protegido. Sin embargo, el discurso de las autoridades locales tiende a cargar la responsabilidad sobre esta población para, de esta forma, tener más capacidad de actuación en este terreno y justificar su acción política. A su vez, los vecinos tienen la sensación de que su capacidad de actuación en el refugio depende exclusivamente de la voluntad arbitraria de la élite local, generando una visión negativa sobre la conservación del mismo.

Lógicamente la llegada de gente de afuera: propietarios agrícolas, colonos, funcionarios, empresarios hoteleros, turistas... implica una estructura social más compleja y cada vez más difícil de controlar por parte de esta élite local. Pero éstos, o bien no se hallan presentes de manera continuada en la comunidad, o bien han llegado a una entente con dicha élite. Algunos de los propietarios y comerciantes que se han establecido en Caño Negro en los últimos años se han incorporado a esta estructura de poder formando parte de las instituciones locales y participando de este sistema clientelar. En el caso de adoptar una posición de confrontación, no han logrado hasta el momento romper el aislamiento de la población y la hostilidad por parte de los principales elementos de la “argolla”, pudiendo mantener su presencia gracias a que sus recursos y apoyos no son de origen local. El emparentamiento, mediante matrimonio, con algunos forasteros, especialmente funcionarios de la administración estatal, ha favorecido también el mantenimiento de su centralidad en la localidad. Los nuevos poblados surgidos de la reciente colonización, que se encuentran alejados del casco urbano de Caño Negro y habitados por gentes venidas de afuera, escapan al control de este poder local, como lo demuestra el que algunos, como el de Nueva Esperanza¹⁵, haya creado sus propias ADI y asociación de mujeres, al considerar que desde Caño Negro no se presta atención suficiente a sus problemas y necesidades, e intentando escapar con ello al control ejercido por la argolla de Caño Negro.

Por lo tanto, vemos cómo la cooperación y la ayuda al desarrollo vinculada a la conservación como “compensación” a las limitaciones que la misma supone para el aprovechamiento de los recursos naturales por parte de la población local no siempre cumple su objetivo de

15. Es un poblado surgido en 1995, con el asentamiento de los colonos expulsados de las fincas fronterizas que pasaron a pertenecer a Nicaragua después de los ajustes en la frontera en 1991. El IDA compró una finca y los trasladó.

compatibilizar el mantenimiento de la integridad de los ecosistemas y la transformación y de mejorar las condiciones de vida de la sociedad local, contribuyendo, por el contrario, al mantenimiento de estructuras de poder oligárquicas y legitimando la desigualdad interna, e influyendo, final y paradójicamente, de manera negativa sobre las propias condiciones de conservación del espacio protegido.

Conclusión

El caso de Caño Negro demuestra hasta qué punto un modelo de conservación basado exclusivamente en la prohibición, el control y la sanción, mucho más costoso en recursos, por lo demás nunca suficientes y siempre escasos, y que se plantea en contraposición a la población local, no sólo no es eficaz, sino que puede alimentar estructuras sociales y sistemas de relaciones de poder que, en última instancia, no sólo no contribuyen a la conservación, sino que pueden servir para acentuar las contradicciones que ponen en mayor riesgo los ecosistemas que se dice querer conservar.

De manera análoga a lo que concluye Denisse Galván en La Vega, en el modelo al que responde la gestión de la conservación en Caño Negro, "... las previas relaciones e interacciones sociales entre el entorno natural y el ejido (la población) están siendo sustituidas por nuevas formas de mercantilización de la naturaleza que están provocando una separación acentuada entre el entorno natural y las poblaciones humanas" (Galván, 2007: 134)

Desde el momento en que consideramos que la dimensión social es fundamental en la conformación de los ecosistemas, de los socioecosistemas, las relaciones de poder, intrínsecas a cualquier sistema social, deben ser consideradas como un aspecto fundamental en la existencia y funcionamiento de dichos socioecosistemas y por lo tanto, las características de esos sistemas de relaciones de poder adquieren el papel de factores clave en la consistencia de los mismos, con lo que cualquier estrategia de conservación y desarrollo sostenible debe tenerlas en cuenta, propiciando las transformaciones que sean necesarias en ellas para hacerlas correspondientes con una adecuada forma de entender y promover la conservación de los espacios naturales. Para conseguirlo se hace imprescindible la participación real y efectiva de las poblaciones locales en los análisis, diagnósticos, tomas de decisión y gestión de dichos espacios. Sin exclusión ni primacías de ningún grupo de interés. Para conseguirlo no basta con reconocerlo ni predicarlo. Hacen falta medios y metodologías participativas adecuadas para ello.

Referencias bibliográficas

- Agrawal, A. y Gibson C. C. (1999) Enchantment and dis-enchantment: the role of community in natural resource conservation. *World Development* 27: 629-49.
- Arrieta Chavarría, O. (1996) Caño Negro: un caso de pobreza rural y de fragilidad ecológica en Costa Rica. *Documents d'anàlisi i geogràfica*, 28: 99-116.
- Boggs, L.P. (2000) *Community Power, Participation, Conflict and Development Choice: Community Wildlife Conservation in the Okavango Region of Northern Botswana. Lesley Evaluating Eden Series Discussion Paper* 17.
- Brown, K. (2002) Innovations for Conservation and Development. *The Geographical Journal*, 168(1): 6-17
- Cáceres Fera, R. y Escalera Reyes, J. (2010) Las múltiples caras del turismo: medio ambiente y turismo en la comunidad maleku de Costa Rica. En *Turismo sostenible, desarrollo local y articulación regional transfronteriza en el Río San Juan (Costa Rica-Nicaragua)*, 237-266, N. Benavides Calvo, J. Escalera Reyes (Coord.) San José de Costa Rica: FLACSO.
- Castillo Vásquez, R. (2005) El territorio histórico Maleku de Costa Rica. *Revista Reflexiones* 84 (1): 71-85.
- Chakraborty, R. N. (2001) Stability and outcomes of common property institutions in forestry: evidence from the Terai region of Nepal. *Ecological Economics* 36: 341-53.
- Christinat, J. L. (1989) *Des parrains pour la vie*. Paris: Maison des Sciences de L'Homme
- Cleaver, F. (1999) Paradoxes of Participation: Questioning Participatory Approaches to Development. *Journal of International Development* 11: 597-612.
- Cook, B. y Kothari, U. (Ed.) (2001) *Participation: the new tyranny?* London/New York: Zed Books.
- Few, R. (2000) Conservation, participation and power: protected-area planning in the coastal zone of Belize. *Journal of Planning Education and Research* 19: 401-8.
- Few, R. (2001) Containment and Counter-Containment: Planner/Community Relations in Conservation Planning. *The Geographical Journal* 167 (2): 111-124.
- Few, R. (2002) Researching Actor Power: Analyzing Mechanisms of Interaction in Negotiations over Space. *Area* 34 (1): 29-38.
- Galván Bernal, D. (2007) *Y nosotros ¿qué? Incorporación del Ejido La Vega al Área de Protección de Flora y Fauna de Cuatrociénegas*. Tesis de Licenciatura, Puebla: Universidad de las Américas.
- Genis, J. (2003) El compadrazgo y los santos. *Graffylia: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* 2: 77-82
- Ghimire, K. B. y Pimbert, M.P., (Eds.) (1997) *Social Change and Conservation: Environmental Politics and Impacts of National Parks and Protected Areas*. London: Earthscan Publications.
- Haenn, N. (2005) *Fields of power, forests of discontent: culture, conservation, and the state in Mexico*. Tucson: The University of Arizona Press.

- Hoole, A. (2008) *Community-Based Conservation and Protected Areas in Namibia: Social-Ecological Linkages for Biodiversity*. PhD Thesis, Winnipeg: Natural Resources Institute, University of Manitoba.
- Krantz, L. (1991) *Peasant Differentiation and Development. The case of a Mexican Ejido*. Stockholm: Stockholm Studies in Social Anthropology
- Leach M.; Mearns R. y Scoones, I. (1997) Challenges to community-based sustainable development. *IDS Bulletin* 28: 4-14.
- Mendoza Ontiveros, M. M. (2010) El compadrazgo desde la perspectiva antropológica. *Alteridades* 20(40): 141-147
- Montoya-Greenheck, F.; Carvajal, K. y Salas, U. (2005) *Descripción de la cultura del agua en Costa Rica: Pueblo Maleku*. En <http://www.unesco.org.uy/phi/aguayacultural.../PuebloMaleku.pdf> Accedido el 28 de Diciembre de 2009.
- Nelson, N. y Wright, S. (Eds.) (1995) *Power and Participatory Development: Theory and Practice*. London: Intermediate Technology Publications.
- Nutini, H. G. y Bell, B. (1980) Parentesco ritual: Estructura y evolución histórica del sistema de compadrazgo en la Tlaxcala rural. México: Fondo de Cultura Económica
- Peet, R. y Watts M. (Ed.) (1996) *Liberation ecologies: environment, development, social movements*. London: Routledge.
- Rodríguez, M.T. (2012) Rituales de muerte y parentesco en la tradición *nahua* de la Sierra de Zongolica. *Diálogo Andino* 40: 97-110
- Rus, J. (2009) La lucha contra los caciques indígenas en los Altos de Chiapas: disidencia, religión y exilio en Chamula, 1965-1977. *Anuario de Estudios Indígenas* XIII: 181-230.
- Sheridan, T.E. (1988) Arizona, the Political Ecology of a Desert State. *Journal of Political Ecology* 2: 41-46
- Sheridan, T.E. (1988) *Where the Dove Calls: The Political Ecology of a Peasant Corporate Community in Northwestern Mexico*. Tucson: University of Arizona Press.
- Taylor, D.R.F. y Mackenzie, F. (Ed) (1992) *Development from Within: Survival in Rural Africa*. London: Routledge.
- West, P.C. y Brechin, S.R. (Ed.) (1991) *Resident Peoples and National Parks*. Tucson: University of Arizona Press.
- Western, D. y Wright, R. M. (Eds.) (1994) *Natural Connections: perspectives in Community-Based Conservation*. Washington, D.C.: Island Press.